

Capítulo segundo

Respuesta militar

José Luis Calvo Albero

Resumen

Este capítulo estudia los aspectos y capacidades paramilitares del Dáesh en el marco del movimiento yihadista y de sus ideas y experiencias sobre la guerra, así como las posibilidades de empleo de la fuerza militar para neutralizar la amenaza que el grupo representa. Se plantea una estrategia centrada en el uso coordinado de actores locales enfrentados al Dáesh y en la concentración de fuerza militar en períodos cortos, con el objetivo de crear ventanas de oportunidad en las que se puedan aplicar medidas políticas, económicas y culturales. El instrumento militar será de hecho un mero facilitador para la aplicación de estas medidas, las únicas que pueden solucionar los problemas estructurales que han permitido el auge del grupo yihadista.

Palabras clave

Dáesh, Oriente Medio, yihadismo, estrategia militar.

Abstract

This chapter examines the Dáesh's paramilitary aspects and capabilities within the framework of the jihadist movement and their ideas and experiences about war, as well as the employability of military force to neutralize the threat that the group represents. It proposes a military strategy focused on the coordinated use of local actors confronting the Dáesh, and a concentration of military force in short periods, with the aim of creating windows of opportunity in which to apply political, economic and cultural measures. The military instrument will indeed be a mere facilitator for the implementation of these measures, the only ones which can solve the structural problems that led to the rise of the jihadist group.

Key words

Dáesh, Middle East, jihadism, military strategy.

Introducción

El Dáesh puede considerarse una reedición de diferentes grupos armados islamistas que operan desde hace años en Oriente Medio, pero su éxito como organización paramilitar en Siria, y sobre todo en Iraq, ha supuesto toda una sorpresa. Por primera vez una fuerza asociada con el terrorismo yihadista ha batido rotundamente a un ejército como el iraquí, formado, equipado y apoyado por Occidente, estableciendo además su control sobre un área de terreno que supera el tamaño de algunos Estados de la región.

La estrategia utilizada por el grupo hunde sus raíces en conceptos clásicos sobre la guerra en el mundo islámico, que revigoriza y a la vez deforma usando herramientas del siglo XXI y un buen conocimiento de la cultura y las sociedades en Oriente Medio. Pero, ante todo, el Dáesh es un fenómeno extremo, apocalíptico y brutal, de los que aparecen en tiempos de crisis prometiéndole soluciones tan radicales como disparatadas. En este sentido, resulta inevitable la comparación con el nacionalsocialismo alemán. Si este podía considerarse como una reinterpretación de la cultura occidental desde la perspectiva de un grupo de agitadores y matones de barrio, el Dáesh es también una violenta vulgarización de la cultura islámica clásica y de sus ideas sobre la guerra en defensa de la fe. Pero, así como la brutalidad de Hitler no le privaba de cierta habilidad estratégica, también hay elementos de talento, aunque sea perverso, en la actuación del Dáesh. En cualquier caso, se trata de un fenómeno demasiado extremista para poder prosperar y su desaparición a medio plazo parece muy probable. Pero, como en otros movimientos milenaristas anteriores, el problema está en cuánto daño causará antes de desaparecer.

El éxito de los yihadistas ha sido producto de muchas circunstancias favorables. La eficacia militar y organizativa han tenido su parte, pero hay también mucho de oportunismo bien gestionado. El Dáesh creció porque el ejército sirio estaba debilitado tras años de combates, el iraquí sufría una fragilidad interna, muy diferente a la imagen de potencia militar que su moderno equipo parecía prometer, y Estados Unidos, después de su negativa experiencia en Iraq, no quería oír hablar de un nuevo despliegue militar en la zona.

Resulta difícil analizar al Dáesh como organización militar (o más bien paramilitar) aisladamente. Como en los grupos revolucionarios clásicos lo militar, lo político y lo cultural se integran en una estrategia total, que ha permitido al grupo no solo lograr éxitos militares sino crear un ente político de considerables dimensiones, lanzar eficaces campañas de comunicación y obtener y gestionar múltiples recursos económicos y financieros. Por ese mismo motivo resultaría también erróneo tratar de combatirlo con medidas exclusivamente militares. Pero, aunque quizás no el principal, el militar es uno de los instrumentos indispensables para enfrentarse a una organización armada que ha batido a todos sus adversarios en Oriente Medio y amenaza con expandirse fuera de la región.

La yihad y el modelo islámico de guerra

Los antecedentes clásicos

El Corán y otros textos sagrados en los que se fundamenta el concepto de yihad se prestan a interpretaciones muy dispares. En general, se acepta que yihad es la obligación de todo musulmán de defender el islam frente a cualquier amenaza, utilizando la violencia si es preciso. Otra interpretación más moderada apunta a una lucha individual e interna entre la fe y los peligros que la acechan en el alma de cada ser humano. Esta se denomina yihad mayor, mientras que la lucha armada sería la yihad menor. La tradición clásica apunta hacia el uso de la violencia armada por la causa del islam como el significado original del término¹, aunque muchos teóricos defienden también que esa yihad solo encuentra justificación si tiene un carácter defensivo.

Por otro lado, la conocida división del mundo que la teología islámica establece entre la Casa de la Paz (*Dar as-Salam*) donde se aplica la *sharia* (la ley basada en la palabra de Dios) y la Casa de la Guerra (*Dar al-Garb*) que es el resto, apunta a un estado permanente de guerra latente que periódicamente se reactiva y que solo finalizará cuando *Dar as-Salam* abarque todo el mundo. Lo cierto es que no hay referencias en el Corán a esta división, que fue establecida por teóricos posteriores, aunque sí a una separación entre el territorio de los creyentes y de los no creyentes².

En cualquier caso, el yihadismo moderno no carece de referencias clásicas que, con las interpretaciones adecuadas, sirvan para presentar su lucha como una obligación no solo de defender, sino también de expandir la fe islámica por la fuerza de las armas³. En los textos sagrados de cualquier religión no faltan fragmentos que, según como sean interpretados, pueden justificar casi cualquier cosa. Así ocurre con los famosos «versos de la espada» del Corán (9:5) que se han utilizado tanto para defender la naturaleza universal, permanente e implacable de la yihad, como el uso de procedimientos bélicos no convencionales (guerrilla y terrorismo).

«Mas, cuando los meses sagrados hayan transcurrido, matad a los idolatras doquiera les halléis; cautivadles, apresadles y acechadles; pero, si se arrepienten, observan la oración y pagan el azaque, dejadles en paz, entonces, porque Dios es el más indulgente y misericordioso»⁴.

¹ Cook, David, *Understanding Jihad*. University of California Press (Los Ángeles, 2005) pp. 32-44.

² Cook, David, *Understanding Jihad*. University of California Press (Los Ángeles, 2005), p.8.

³ *Ibidem*, 30.

⁴ Esta versión en español del verso 9:5 del Corán se ha extraído de la traducción de Castellanos y Abboud, Editorial Árabe-Argentina «El Nilo» (Buenos Aires, 1952).

Otro ejemplo de interpretación aún más flexible es la que se hace de la utilización por el Profeta de catapultas en el asedio de la ciudad de Ta'if, documentada en algunos textos clásicos (aunque la autenticidad del episodio es dudosa). Ese precedente se utiliza como justificación para el uso de armas que causen bajas indiscriminadas, lo que para algunos teóricos de la yihad puede aplicarse tanto al terrorismo como al uso de armas de destrucción masiva⁵.

Los textos sagrados proporcionan también unos rasgos comúnmente aceptados sobre los parámetros dentro de los que debe desarrollarse la yihad, sujeta a una estricta regulación y dominada por la moderación⁶. La población civil ha de ser protegida, los prisioneros enemigos deben ser tratados con clemencia, los muertos respetados y enterrados dignamente y la violencia no se considera un instrumento válido para obtener conversiones. El enorme contraste entre esas estrictas limitaciones y el tipo de guerra total que plantean actualmente los grupos yihadistas llama poderosamente la atención, y permitiría abrir una brecha en las bases teológicas y doctrinales del yihadismo si se aprovechase adecuadamente.

En cualquier caso, el concepto de yihad ha tenido una gran influencia en el modelo de guerra seguido por las sociedades musulmanas. El principio estratégico fundamental que cualquier tratadista musulmán acepta es la superioridad moral basada en la fe, un legado de la tradición yihadista. La superioridad moral fortalece la cohesión y el convencimiento de los combatientes islámicos y produce terror en sus enemigos⁷. El terror que inspiraban los creyentes de tiempos del Salaf⁸ en los ejércitos que se les enfrentaban, mucho más fuertes que ellos, era de hecho una de sus mejores armas. Los efectos psicológicos compensaban la limitada potencia real.

Una interpretación moderna de la importancia de la superioridad moral y el terror en la yihad apareció en 1979, en la obra *The Quranic Concept of War*, del general pakistaní S.K. Malik. El autor defiende el carácter total de la yihad, expandiendo el ámbito de la guerra más allá de lo militar, como hiciera en su día Clausewitz. Pero para Malik no es la política la que debe guiar la guerra sino la voluntad de Dios expresada en el Corán. Malik profundiza también en la naturaleza del terror, al que considera no como un instrumento para conseguir un fin, sino como un fin en sí mismo. El terror infundido al enemigo es la verdadera victoria, la que garantiza la sumisión del infiel y el respeto a la voluntad divina. El terror al que se refiere Malik tiene mucho de metafísico y

⁵ Cook, David, *Understanding Jihad*. University of California Press (Los Ángeles, 2005) pp. 66-67.

⁶ *Ibíd.*, pp. 20-21.

⁷ Cook, David, *Understanding Jihad*. University of California Press (Los Ángeles, 2005), p.17.

⁸ El Salaf incluye la generación del Profeta y las dos siguientes a la suya. No se refiere tanto a un tiempo como al grupo de personas que conocieron al Profeta o a sus directos seguidores, y que están por tanto dotados de una gran autoridad moral.

no es tanto el que puede sufrir una persona que ve en peligro su vida como el que experimenta quien percibe que se está enfrentando a la grandeza del Dios verdadero. Pero el terror más físico también tiene su papel, aunque Malik reconoce que sus efectos son temporales. En resumidas cuentas, su idea principal es que la esencia de la guerra librada en defensa del islam es la capacidad de los combatientes islámicos para causar terror en el enemigo, y la inmunidad ante un terror semejante que su fe les proporciona.

«Por tanto, la estrategia militar coránica nos exige prepararnos para la guerra con el máximo esfuerzo, para golpear con el terror el corazón de los enemigos, conocidos u ocultos, mientras nos guardamos nosotros mismos de ser aterrorizados por el enemigo. En esta estrategia, protegernos contra el terror es la “Base”; la preparación para la guerra hasta el límite es la “Causa” mientras que inspirar terror en los corazones enemigos es el “Efecto”. Toda la filosofía gira en torno al corazón humano, su alma, su espíritu y su fe. En la guerra, nuestro objetivo principal es el corazón y el alma del oponente, la mejor arma ofensiva para alcanzar ese objetivo es la fuerza de nuestras propias almas, y para lanzar ese ataque, tenemos que mantener el terror alejado de nuestros corazones»⁹.

La consideración de la superioridad moral como principio esencial de la estrategia militar no es algo exclusivo del islam. Casi todos los ejércitos la han visto de esa manera, aunque las razones en las que fundamentarla han sido muy diversas, desde la religiosidad hasta los valores cívicos ciudadanos, pasando por el nacionalismo o la defensa de un orden social justo. Lo que resulta específico en el modelo militar islámico, al igual que en su modelo político, es que la religión lo abarca todo. No existe verdadera libertad, ni orden social justo ni valores ciudadanos fuera del islam. La lucha por la fe tiene un carácter absoluto hasta que el islam alcance una situación de superioridad que lo libere de cualquier amenaza.

A esto se añade una cierta idea de fin de los tiempos asociado al concepto de yihad. Señala David Cook que el islam en sus inicios tenía también elementos apocalípticos, que eran comunes al cristianismo y se justificaban por la sensación de «fin del mundo» que provocó la terrible epidemia de peste que arrasó el Mediterráneo y Oriente Medio, la caída del Imperio romano en Occidente y la devastadora guerra entre Bizancio y la Persia sasánida¹⁰. Esta visión apocalíptica se ha transmitido a los yihadistas actuales con consecuencias estratégicas importantes. Para el que cree combatir en Armagedón nada importa demasiado, salvo estar en el bando correcto. Una derivada es que la lucha es total, sin cuartel ni limitaciones, y la muerte tiene poca im-

⁹ Malik, SK, *The Quranic Concept of War*. Adam Publishers and Distributors (Delhi, 1992), p.58.

¹⁰ Cook, David, *Understanding Jihad*. University of California Press (Los Ángeles, 2005), pp. 24-25.

portancia cuando el mundo está llegando a su fin. Eso otorga una enorme fuerza moral al que cree combatir en el bando divino.

La debilidad de los primeros ejércitos musulmanes se compensó también con un segundo principio estratégico, la movilidad, que entra más en el terreno de lo operativo y se remonta a la cultura árabe en la que el islam nació¹¹. Los ejércitos árabes en los siglos VII y VIII se movían mucho más rápido que sus enemigos, siglos de actividad depredadora en las rutas comerciales de Oriente Medio los habían convertido en maestros a la hora de practicar un tipo de guerra basado en la incursión, el hostigamiento y la huida rápida. La necesidad de organizar grandes ejércitos para la expansión del islam aumentó las necesidades logísticas, disminuyendo inevitablemente la movilidad, pero los seguidores del Profeta se las ingeniaron para continuar siendo mucho más móviles que sus adversarios.

Tuvo mucho que ver en ello la austeridad de sus combatientes, que permitía aligerar la carga logística, y también una cualidad mucho menos espiritual: la habilidad para el saqueo. En la tradición islámica, los textos que tratan sobre la guerra dedican un espacio generoso a establecer reglas para el reparto del botín¹². Pese a que parece un rasgo propio de un lugar y un tiempo muy específicos, la preferencia por la movilidad, la sorpresa y la logística reducida, así como la obsesión por el botín, han dominado casi siempre el modelo bélico musulmán, fuesen árabes o no los que combatían.

El tema del botín de guerra y su estricta reglamentación en los textos sagrados nos lleva a un tercer principio en la tradición militar árabe e islámica: la retribución. El combatiente soporta los peligros y penalidades de la guerra porque espera ser retribuido. En la tradición religiosa la recompensa por los esfuerzos y los riesgos es de tipo espiritual. El modelo de guerrero asceta, que solo espera como recompensa la satisfacción de servir a Dios, está muy arraigado en la cultura islámica, especialmente en la tradición sufí¹³. Pero el mundo real es mucho más prosaico y aunque el asceta guerrero es una figura de referencia es también una rareza, algo que los clásicos islámicos sabían perfectamente.

En consecuencia se prometen retribuciones más materiales incluso en el paraíso reservado a los mártires¹⁴, en el que estos experimentan no solo goce espiritual sino también los placeres de los sentidos, desde las famo-

¹¹ Cook, David, *Understanding Jihad*. University of California Press (Los Ángeles, 2005), p. 12.

¹² *Ibid.*, pp. 15-16.

¹³ Bonney, Richard, *Jihad. From Qur'an to bin Laden*, Palgrave MacMillan (Hampshire, 2004) pp. 92-95. El sufismo es un movimiento místico, pero sus hermandades desempeñaron con frecuencia tareas misioneras en las fronteras del islam, adquiriendo notable experiencia como combatientes. Paradójicamente, su flexibilidad doctrinal para facilitar las conversiones les ha ganado la animadversión del yihadismo moderno.

¹⁴ Cualquier caído en la yihad se considera mártir.

sas setenta y dos vírgenes hasta fuentes de leche y miel, e incluso vino, prohibido durante la existencia terrenal. Y para los que no tengan el honor del martirio en combate hay que proporcionar una retribución aún más mundana que inevitablemente procederá del botín de guerra. De nuevo un rasgo de la cultura árabe y su tradicional dilema entre austeridad y sensualidad. La frugalidad y el ascetismo resultan imprescindibles para sobrevivir en el desierto, pero la privación cotidiana de los placeres materiales lleva a anhelarlos hasta la obsesión y a considerar el saqueo como un derecho inalienable¹⁵.

Una última característica del modelo de guerra en el mundo musulmán, y quizás uno de los más importantes a la hora de comprender por qué el islam ha sido rara vez expulsado de los territorios en los que se asienta, es su gran capacidad para la gestión política y social tras la conquista. El islam se expandió rápidamente porque convertirse era fácil y no convertirse aceptable. Los gobernantes musulmanes eran además buenos administradores y, pese al rigor de la doctrina religiosa, la ausencia de una clase sacerdotal dominante permitió que esta se aplicase con flexibilidad. No faltaron momentos de represión brutal en casos de rebelión contra el orden establecido por los seguidores del Profeta. Pero en líneas generales los líderes musulmanes en los primeros siglos del islam fueron capaces de consolidar un orden social consentido primero, y apoyado después, que resultaba difícil de cambiar incluso bajo ocupación armada. Cualquier ocupante de un territorio donde el islam es la religión mayoritaria se encontrará con una resistencia tenaz, a veces violenta, a veces simplemente pasiva, a cambiar el orden establecido.

El Dáesh refleja todo este bagaje de principios sobre guerra y yihad. La superioridad moral que proporciona la fe, y el terror que eso provoca en el enemigo, siguen siendo los principios básicos para el éxito de sus operaciones militares. Una bien publicitada promesa de retribución en su doble faceta, espiritual y material, es el principal instrumento para la captación de combatientes. La formación de un potente núcleo de yihadistas extranjeros ha permitido superar en movilidad a los ejércitos de la zona, cuyos componentes rara vez aceptan combatir lejos de sus lugares de origen. Y la gestión de los territorios ocupados es eficiente aunque, como en otros movimientos yihadistas anteriores, es aquí donde el Dáesh ha cometido más fallos. El rechazo a la flexibilidad en la gestión de los vencidos y la imposición de un régimen de terror han roto con la tradición coránica y no han permitido crear un apoyo local sólido, perdiendo así una de las mayores ventajas del modelo de yihad clásica.

¹⁵ Resulta trágicamente revelador como incluso en el documento «La última noche», aparentemente escrito por algunos de los autores de los atentados del 11-S, hay referencias al saqueo ritual de los tripulantes y pasajeros de los aviones secuestrados. Cook, David, *Understanding Jihad*. University of California Press (Los Ángeles, 2005), pp. 200-201.

El Dáesh como organización paramilitar

La evolución del yihadismo moderno

Desde que el Imperio otomano comenzó a debilitarse a principios del siglo XVIII y las potencias europeas iniciaron su penetración colonial en territorios musulmanes, el modelo de guerra practicado por las sociedades islámicas se ha movido en el dilema de imitar el modelo occidental, cuyo éxito era evidente, o mantener un modelo propio más próximo a la tradición islámica y basado en la fe, la movilidad y la solidez ideológica y cultural de sus sociedades.

Este dilema se ha mantenido hasta nuestros días. Ejemplos de la primera opción fueron los ejércitos de los regímenes nacionalistas árabes en Oriente Medio, que sufrieron enormemente en su lucha contra Israel. La segunda opción está más cercana a los modelos militares chiitas, en Irán y Líbano, y también ha sido recogida de una manera aún más radical por el movimiento yihadista global, del cual el Dáesh no es más que una de sus últimas manifestaciones.

El modelo paramilitar del yihadismo se desarrolló enormemente en los treinta últimos años, desde sus inicios en la yihad contra la URSS en Afganistán, pasando por su maduración en los numerosos conflictos regionales de los 90 hasta su enfrentamiento con diferentes coaliciones lideradas por Estados Unidos tras los atentados del 11-S. Actualmente se puede hablar de un modelo militar, o paramilitar, yihadista, que combina operaciones semiconvencionales, guerrillas, terrorismo y guerra de la información con apreciable eficacia. El yihadismo ha perfeccionado especialmente sus redes internacionales de apoyo, que le confieren una considerable capacidad logística y le permiten concentrar esfuerzos en diferentes frentes de lucha, cambiando el esfuerzo según las circunstancias.

Sin embargo, el yihadismo global ni es una organización jerárquica ni tiene unos objetivos aceptados por todos sus miembros, ni una estrategia común. El movimiento es extremadamente anárquico, con grupos asumiendo una posición de liderazgo según puedan demostrar su éxito en el campo de batalla o en la utilización del terror. Al Qaeda fue el grupo de referencia tras el 11-S, pero actualmente su liderazgo se ha debilitado sensiblemente por la competencia del Dáesh. La anarquía de las redes yihadistas tiene tantas ventajas como inconvenientes. Por un lado hace muy difícil desentrañar todo el entramado y crea una enorme incertidumbre sobre su estrategia, mientras por otro dificulta la acción de conjunto de todos sus componentes.

El Dáesh ha traído consigo novedades importantes respecto a Al Qaeda. Su actitud es más violenta y radical hacia las poblaciones locales, priorizando la imposición por la fuerza sobre la forja de alianzas. Su odio hacia el chiismo es visceral y su actitud hacia Occidente no es más benévola que la de Al Qae-

da, aunque por razones estratégicas el Dáesh se ha centrado esencialmente en la acción en países musulmanes. Los atentados en Europa o Estados Unidos son de momento acciones complementarias respecto al esfuerzo principal en Oriente Medio. El control territorial y la formación de una entidad política viable, que sirva de núcleo para un califato en continua expansión, es el objetivo al que se dedican la mayor parte de los recursos.

Fortalezas y debilidades

La principal ventaja militar del Dáesh ha sido la descoordinación de sus adversarios. Muchos de ellos combaten entre sí y muchos otros no quieren combatir fuera de los territorios que consideran suyos. La desintegración de Siria y la reactivación de las tensiones sectarias en Iraq tras el repliegue de Estados Unidos han sido un caldo de cultivo ideal para permitir la continua expansión del grupo. En esta situación de desorden generalizado es muy improbable que alguno de sus enemigos pueda concentrar la fuerza suficiente para infringirles una derrota decisiva, mientras que ellos pueden concentrar sus fuerzas fácilmente sobre el adversario que perciban más debilitado o indeciso. Una nueva versión de la clásica estrategia de líneas interiores.

Otra ventaja de los yihadistas es la elevada moral de sus combatientes. La moral se alimenta del éxito y al-Bagdadi, el líder del grupo, ha cuidado muy bien de presentar siempre éxitos en sus cuentas de resultados. Incluso cuando el Dáesh sufre una derrota clara en combate tiene que ir seguida de un éxito resonante en algún otro lugar, aunque sea simplemente un ataque terrorista espectacular. La impresión que se pretende dar es que los yihadistas siempre triunfan al final y que sus reveses no son más que ardidés tácticos para golpear en un lugar diferente.

La moral se complementa con la eficiencia en combate. El Dáesh cuenta con elementos que han aumentado notablemente sus capacidades paramilitares, poniéndolo muy por encima de los grupos yihadistas habituales. El núcleo de ex miembros del régimen de Saddam Hussein, que incluye militares, policías y personal de los antiguos servicios de inteligencia del régimen, es quizás el más importante, pero también hay que contar con las milicias sunníes de al-Anbar, que han combatido durante años con y contra Estados Unidos, o los voluntarios caucásicos, especialmente chechenos, con una impresionante experiencia de combate¹⁶.

El número real de combatientes en Siria e Iraq no se conoce con certeza y las estimaciones varían entre los 20.000 y cientos de miles¹⁷. Probablemente, la

¹⁶ Eckel, Mike. Battle-Tested Chechens Drive Islamic State Gains, *Voice of America*, 26 de septiembre de 2014. Disponible en: <http://www.voanews.com/content/syria-chechens-islamic-state-iraq/2462711.html>. Fecha de la consulta: 20 de abril de 2016.

¹⁷ Jordán, Javier. «El Dáesh», en Instituto Español de Estudios Estratégicos, *La internacional yihadista*, Cuaderno de Estrategia n.º 173, Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 109-147.

estructura militar del grupo incluya un núcleo de combatientes permanentes junto a milicias locales y reclutas temporales. En todo caso, y teniendo en cuenta que el Dáesh ha sido capaz de mantener su operatividad pese al desgaste sufrido en operaciones durante los dos últimos años, es probable que sus efectivos estén bastante por encima de las estimaciones iniciales que los situaban en 20.000-30.000. Además, el control de una población de varios millones, la mayoría de ellos jóvenes, proporciona a los islamistas apreciables posibilidades de reclutamiento¹⁸.

El Dáesh se ha mostrado muy hábil para perfeccionar procedimientos terroristas clásicos y combinarlos con tácticas convencionales. Por ejemplo, sus ofensivas van casi siempre precedidas de una oleada de vehículos bomba conducidos por suicidas. A veces han utilizado incluso blindados BMP-1 como vehículos suicidas, a los que resulta muy difícil neutralizar por el fuego. Todos los vehículos están modificados para soportar el fuego enemigo y llevar cargas explosivas inmensas, a veces de varias toneladas, por lo que pueden causar daños en sus objetivos incluso si el vehículo es destruido a cierta distancia. Este tipo de ataques causa invariablemente el pánico, que es inmediatamente aprovechado por las unidades de asalto para cerrar sobre el enemigo.

También han comprendido perfectamente el valor de los artefactos explosivos improvisados (IED) para retrasar y hasta paralizar los movimientos enemigos. Aunque sus milicianos deban abandonar un objetivo, el adversario tiene pocas posibilidades de aprovechar el éxito rápidamente, porque se encontrará con cientos, si no miles, de IED sembrados por los yihadistas antes de su retirada¹⁹.

En cuanto a las armas convencionales, los yihadistas se han beneficiado de la experiencia de los ex militares de Sadam y de los combatientes caucásicos. Aunque no disponen de gran número de blindados o piezas de artillería, son capaces de concentrar rápidamente un número de ellos para crear masas de fuego o proporcionar el empuje necesario a una ofensiva local, antes de volver a dispersarlos rápidamente. En general, tratan de provocar un efecto psicológico mediante la combinación breve pero violenta de fuegos, blindados y suicidas. El Dáesh sigue la tradición de considerar el terror producido en los combatientes enemigos como el procedimiento más rentable para la yihad.

Otro principio clásico, la movilidad, también está muy presente en las operaciones del Dáesh, y de hecho le proporciona una de sus mayores venta-

¹⁸ ISIL. *Fighting Strength*. Global Security, disponible en: <http://www.globalsecurity.org/military/world/para/isil-2-5.htm>. Fecha de la consulta: 30 de abril de 2016.

¹⁹ Los equipos de desactivación rusos enviados a la recuperada ciudad de Palmira en Siria afirmaron que, en poco más de un mes, habían desactivado 18.000 IED dejados por el Dáesh. *18000 IEDs De-mined From Palmyra Buildings*. Defence World Net. 7 de mayo de 2016, disponible en: http://www.defenseworld.net/news/15995/18000_IEDs_De-mined_From_Palmyra_Buildings#.VzDAwMJf3cs. Fecha de la consulta: 9 mayo 2016.

jas. Los miles de yihadistas extranjeros²⁰ pueden utilizarse para formar una fuerza extremadamente móvil y dispuesta a combatir en cualquier lugar. Pese a que los efectivos del Dáesh han sido siempre limitados, su movilidad les permite lograr con frecuencia la superioridad local y realizar incursiones rápidas y profundas, a veces para conquistar territorio y a veces simplemente para sembrar el terror y capturar equipo.

Sin embargo, pese a que las habilidades operativas del Dáesh son notables, lo que lo ha convertido en un actor de primer orden en Oriente Medio y referencia para el movimiento yihadista global, tiene que ver más con la logística y la comunicación.

La financiación del Dáesh se ha convertido en tema habitual de debate en los medios de información. Con frecuencia se hace referencia a su gestión de los yacimientos petrolíferos y refinerías en la zona, y a la venta de crudo y derivados a través de redes regionales de contrabando, pero el grupo ha gestionado también productos menos llamativos como el algodón y otros productos agrícolas e industriales de la región²¹. Y, sobre todo, se ha beneficiado de controlar una población de hasta nueve millones de personas. Quien tiene población tiene riqueza, porque las actividades económicas cotidianas continúan, aun en tiempo de guerra, y eso significa impuestos²².

Simplemente las tasas sobre el tráfico de mercancías entre Siria, Iraq y Turquía proporcionan unos ingresos considerables. A eso se añaden impuestos por rentas personales, por transacciones comerciales, por pertenecer a una minoría religiosa o pagos a cambio de permisividad y protección para las redes de contrabando de la zona. Si a eso se suma el petróleo, las donaciones privadas, la venta de antigüedades o el dinero obtenido de los bancos sirios e iraquíes ocupados, puede comprenderse cómo el grupo yihadista ha podido sostener un considerable esfuerzo bélico en estos últimos dos años.

El apoyo de las redes yihadistas globales también ha jugado un papel importante en su sostenibilidad. Como ocurrió previamente con Al Qaeda, el éxito del Dáesh ha canalizado en su favor la mayor parte de los recursos gestionados por esas redes. Los resultados en términos de reclutamiento son evidentes. Ninguna otra organización yihadista había movilizadado tal número de voluntarios. Pero las redes también pueden utilizarse para la gestión de do-

²⁰ Las cifras de combatientes extranjeros en las filas del Dáesh son también inciertas, aunque se acepta que el grupo ha recibido a decenas de miles en los últimos años y la CIA calculó en 15.000 su número en septiembre de 2014 (Nicks, Denver, *CIA Says ISIS Ranks May Have Tripled*, Time, 12 de septiembre de 2014). Disponible en: <http://time.com/3340662/cia-isis-isis/>. Fecha de la consulta 28 abril 2016.

²¹ Coghlan, Tom, y Sheridan, Danielle. Isis takes over cotton crops to supply the fashion industry, *The Times*, 10 de septiembre de 2015, disponible en: <http://www.thetimes.co.uk/tto/news/world/middleeast/article4552592.ece>. Fecha de la consulta: 26 de abril de 2016.

²² Terrill, W. Andrew. Understanding the Strengths and Vulnerabilities of ISIS, *Parameters* 44(3) Autumn 2014, pp. 13-23.

nativos y apoyos más indirectos pero no menos eficaces. El descubrimiento de un cargamento de 20.000 uniformes de campaña destinados al Dáesh en España puede dar una idea de cómo las redes yihadistas pueden convertirse en eficientes gestores comerciales²³.

Las campañas de información y propaganda del Dáesh son ya motivo de estudio para *think tanks* dedicados a la estrategia y la comunicación pública. Frente al formalismo clasicista de Al Qaeda el grupo de al-Bagdadi ha conseguido interpretar mejor la cultura contemporánea de los jóvenes musulmanes, incorporando incluso elementos de la cultura popular occidental. Sus productos audiovisuales son de gran calidad y presentan una curiosa y atractiva mezcla de misticismo, barbarie, espíritu de aventura y promesa de retribución a quienes se unan a la yihad.

Las ventajas del grupo se contrarrestan con debilidades en diversos aspectos. El más evidente es el uso indiscriminado del terror. Como ocurrió en Argelia o el Cáucaso, los excesos del yihadismo son su peor enemigo. Las noticias de ejecuciones llevadas a cabo por el Dáesh en los territorios bajo su control, e incluso entre sus propios combatientes, son constantes y, aunque algunas de ellas deban ser tomadas con precaución por formar parte de campañas de desprestigio, el uso cotidiano del terror parece necesario para mantener el califato, una situación que difícilmente podrá sostenerse a largo plazo.

La segunda desventaja es que, pese a la buena gestión del Dáesh, los recursos a su disposición son muy escasos. La zona que controlan es pobre, poco poblada, casi aislada y sin acceso al mar, y con unas infraestructuras muy degradadas tras años de guerra. La laxitud en los controles fronterizos de algunos países vecinos ha permitido al grupo aprovecharse de las redes ilegales, pero esto es algo cada vez más difícil de mantener. La economía de subsistencia del Dáesh puede sostener una fuerza paramilitar suficiente mientras sus adversarios estén divididos. Pero en cuanto exista una mínima coordinación entre ellos el grupo sufrirá una aguda crisis de recursos.

Por último, el Dáesh ha provocado una escisión en el movimiento yihadista, lo cual a la larga significa también la posibilidad de debilitamiento²⁴. De momento el grupo de al-Bagdadi ha ganado la batalla a Al Qaeda en la captación de personal y recursos de las redes internacionales, pero a costa de una auténtica guerra civil entre movimientos, especialmente en Siria. La pugna interna es una buena noticia para los que combaten al yihadismo, porque abre multitud de posibilidades para debilitar, infiltrar o dividir al movimiento.

²³ González, Miguel. Los sastres del Estado Islámico, *El País*, 11 de abril de 2016, disponible en: http://politica.elpais.com/politica/2016/04/10/actualidad/1460310288_199851.html. Fecha de la consulta: 22 de abril de 2016.

²⁴ Katagiri, Noriyuki (2015). ISIL, insurgent strategies for statehood, and the challenge for security studies, *Small Wars & Insurgencias*, 26:3, pp. 542-556.

La naturaleza estratégica del Dáesh

Aunque con frecuencia se identifica al Dáesh como una organización terrorista que ha logrado hacerse con algunos territorios debido al caos en la región, el grupo de al-Bagdadi es algo mucho más complejo.

En primer lugar, como se ha expuesto anteriormente, es la referencia principal del movimiento yihadista en la actualidad. Aparte de las facilidades logísticas y de comunicación que eso representa, el prestigio conseguido permite al grupo, inicialmente diseñado para la acción local y regional, planear y ejecutar, al menos hasta cierto punto, una estrategia global. Aparentemente hay presencia del grupo en Libia, Yemen, Afganistán y la península del Sinaí en Egipto. Últimamente también Abu Sayaf en Filipinas ha abandonado a Al Qaeda en favor de al-Bagdadi, mientras que Boko Haram en Nigeria ha declarado su subordinación y algunos atentados terroristas en Bangladesh se realizan en su nombre. En la mayoría de los casos esta popularidad es consecuencia de la tradicional tendencia a asociarse con el que demuestra ser más fuerte, y tiene por tanto un valor relativo, pero también abre prometedoras vías para la colaboración en el exterior.

El tema de la capacidad del Dáesh para actuar en el exterior remite a los últimos atentados en París y Bruselas, y más recientemente en Orlando (Estados Unidos). Aunque los europeos y norteamericanos tenemos tendencia a considerar que somos el objetivo principal del yihadismo, parece evidente que la gran mayoría de los esfuerzos actuales del Dáesh se orientan a afianzarse en el mundo musulmán, especialmente en Siria e Iraq. Los ataques a Occidente, aunque valiosos en términos de propaganda y demostración de poder, se consideran complementarios. Eso no quiere decir que no se seguirá intentando atentar en Europa, pero los recursos que se dedicarán a ello serán limitados y con frecuencia se dependerá de terroristas espontáneos.

Sin embargo, su consolidación en Oriente Medio y el Norte de África sería una muy mala noticia para los europeos. Según vaya sintiéndose más seguro, el Dáesh dedicará más recursos a las operaciones en el exterior y en ocasiones atacará para provocar una reacción visceral. Nada más efectivo para incrementar apoyos que sufrir un ataque del Occidente cristiano. Conviene ser consciente de ello a la hora de diseñar las respuestas a posibles atentados terroristas en suelo europeo. No es que no haya que responder militarmente cuando sea necesario, pero hay que hacerlo de acuerdo con una estrategia y objetivos propios, y no cayendo en la dinámica de provocación del Dáesh.

Pese a su dimensión internacional, los aspectos regionales y locales son todavía los más importantes. La potencia militar del grupo solo se explica porque una parte considerable de la población sunní en Siria e Iraq lo ha aceptado como último recurso frente a lo que consideran un devastador auge chiita. En ambos estados, y por extensión también en Líbano, el papel de la población sunní, antes muy relevante y hasta hegemónico, se ha de-

teriorado dramáticamente en las últimas décadas. Parte de la oficialidad y los cuerpos de élite del régimen de Sadam, una parte considerable de las milicias árabes sunníes en Siria, y gran parte de las tribus sunníes en las provincias del oeste de Iraq se han puesto al servicio de los yihadistas²⁵. Y esa es una aportación considerable en términos de población, recursos, experiencia militar y legitimidad a los ojos de otros estados árabes sunníes.

Hay un elemento de tolerancia internacional hacia el Dáesh, y hasta de apoyo velado en algunos casos, que quizás explique mejor que ninguna otra cosa por qué el grupo no ha sido eliminado todavía. El empleo de grupos yihadistas como peones geopolíticos para defender intereses nacionales particulares no es nuevo y la propia yihad afgana en los años 80 fue un ejemplo evidente.

En el caso del Dáesh, las monarquías árabes lo ven como el último recurso para defender los intereses de la población sunní frente al avance de la influencia iraní. Un elemento esencial en la guerra por delegación que se extiende en Oriente Medio entre Arabia Saudí e Irán. Turquía tiene una visión similar, matizada por el hecho de que los yihadistas son además útiles para debilitar a los kurdos sirios. Para Irán su existencia es la excusa perfecta para justificar el apoyo al régimen de Damasco y la presencia de sus asesores y milicias en Siria. Algo similar ocurre con Rusia. E incluso el régimen sirio ha permitido la expansión del Dáesh en detrimento de otros grupos de la oposición, en la convicción de que el grupo yihadista no supone una amenaza existencial ya que no puede ser aceptado internacionalmente como una alternativa al régimen²⁶.

En cuanto a Estados Unidos el Dáesh produce sentimientos encontrados. Por un lado supone la evidencia de su fracaso en Iraq, pero por otro es el elemento de contención más a mano frente a la expansión de la influencia iraní en la región. Opiniones como la del analista Thomas L. Friedman, que señalan a Teherán como una amenaza a los intereses norteamericanos mucho mayor que el ISIL²⁷, reflejan muy bien el dilema de la estrategia norteamericana.

El caso es que los intentos por utilizar al Dáesh para satisfacer intereses geopolíticos particulares es quizás su mayor fortaleza. Aunque se acepta que el grupo es una amenaza muy grave y su ideología y métodos son sencillamente inaceptables, existe también cierto temor a que su desaparición desequilibre la balanza de Oriente Medio de manera perjudicial para los intereses de varias potencias. Y en consecuencia la lucha contra el Dáesh no se

²⁵ Terrill, W. Andrew. Understanding the Strengths and Vulnerabilities of ISIS, *Parameters* 44(3) Autumn 2014, pp. 13-23.

²⁶ Jordán, Javier. «El Dáesh», en Instituto Español de Estudios Estratégicos, *La internacional yihadista*, Cuaderno de Estrategia n.º 173, Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 109-147.

²⁷ Friedman, Thomas L. Go Ahead. Ruin my Day. *The New York Times*, 18 de marzo de 2015, disponible en: <http://www.nytimes.com/2015/03/18/opinion/go-ahead-ruin-my-day.html?ref=opinion&assetType=opinion&r=0>. Fecha de la consulta 18 de abril de 2016.

ha desarrollado con toda la energía necesaria. Se han olvidado las lecciones de los años 30 en Europa sobre los nefastos resultados de utilizar a fanáticos milenaristas como peones estratégicos.

El uso de la fuerza militar contra el Dáesh

La importancia de lo militar en la resolución de un conflicto armado es muy variable. Como regla general podría decirse que lo militar por sí solo nunca es la solución, pero casi siempre es parte de la solución.

El problema principal del Dáesh es que se trata de la manifestación de dos problemas combinados que no desaparecerán con él. El primero es el yihadismo, como ideología extrema y violenta surgida de la frustración de un parte de la comunidad musulmana, el segundo es el problema sunní, en Iraq y Siria, que se puede resumir en que las comunidades árabes sunníes en ambos países fueron un día mayoritarias y dominantes y actualmente se encuentran en un estado de marginación e incluso persecución. Aunque el Dáesh desaparezca ambos problemas de fondo seguirán generando inestabilidad y conflicto en el mundo musulmán. Las intervenciones militares pueden aliviar los síntomas, incluso hacerlos desaparecer temporalmente, pero no pueden curar la enfermedad.

En el caso de adversarios complejos como el Dáesh, con un fuerte componente ideológico y un carácter internacionalista, el instrumento militar tiende a ser un complemento de otros instrumentos de poder. La diplomacia, las medidas económicas, la influencia cultural y la comunicación deben ser las herramientas principales. Pero, pese a su carácter complementario, el empleo de la fuerza militar es con frecuencia inevitable, especialmente cuando un grupo se ha establecido ya en un territorio en condiciones de hacer frente con éxito a las fuerzas militares y de seguridad locales.

La batalla de las ideas

Combatir contra fanáticos siempre resulta muy difícil a corto plazo, y más fácil a largo. La fuerza del fanatismo es explosiva pero de corta duración, y a la larga siempre se ahoga en su propia intolerancia, aunque en el proceso se corre el riesgo de que sociedades enteras queden desestabilizadas o destruidas. Lo contrario del fanatismo es la tolerancia, la flexibilidad y el progreso, y esas son las armas principales para combatirlo, pero para poder utilizar esas armas con éxito hay que tener en cuenta varias condiciones:

La primera es muy sencilla: hay que tener la convicción de que el modelo propio es mejor que el que defienden los fanáticos y que el sacrificio para mantenerlo vale la pena. Si hay dudas, la lucha estará perdida de antemano. Movimientos milenaristas como el Dáesh utilizan la enorme fuerza moral que emana de quienes están dispuestos a morir por su causa, aunque esta

sea descabellada, sobre los que dudan si vale la pena morir por la suya. La guerra es un enfrentamiento de voluntades y estas se basan en convicciones, si las de un bando flaquean la suerte está echada.

La segunda es que la convicción y la voluntad hay que transmitir las y demostrar que conducen a una situación final mejor que la propuesta por los fanáticos. Esto implica la confección de un discurso y el diseño de una campaña de información. En el siglo XXI la batalla de las ideas en el mundo virtual de la información tiene tanta importancia como la que se libra entre ejércitos sobre el terreno. Hay que ganar ambas o no se alcanzará una victoria completa, y en este terreno el Dáesh ha ganado mucha ventaja hasta el momento debido a la eficacia de su mensaje. Hay que señalar además que la campaña informativa perderá mucho valor si no se realiza, al menos en parte, desde el mundo musulmán. El autismo ideológico de los yihadistas neutralizará gran parte de los mensajes procedentes de *Dar el-Garb*, pero tendrá muchas más dificultades para hacer lo propio con los que se emitan desde *Dar as-Salam*, promover y apoyar la generalización de estos últimos será una de las actividades más decisivas en la lucha contra cualquier grupo yihadista.

La ruptura de la imagen de fortaleza del grupo resulta esencial. Eso implica activar una campaña de información, que de momento apenas se ha iniciado en algunos países, y convencer a la comunidad musulmana para unirse a ella. También pueden aplicarse medidas simples y prácticas como fomentar la toma de prisioneros del Dáesh. La mayoría de los grupos locales que combaten a los islamistas no hacen prisioneros, lo cual es una respuesta a la costumbre de los islamistas de ejecutar a la mayor parte de los combatientes que capturan. Aparte de las obvias consideraciones legales y humanitarias, los prisioneros son una fuente de información y un filón para su posible explotación mediática, las expectativas de ser hechos prisionero en lugar de inmediatamente ejecutados debilitarían la voluntad de los combatientes del Dáesh, permitirían identificar disidentes y arrepentidos y utilizarlos para reforzar las campañas de información²⁸. Por último, hay que recordar que las palabras deben demostrarse con hechos, si se promete un mundo mejor hay que ser capaz de construir una pieza cada día y mostrarla públicamente, toda campaña de información debe alimentarse de éxitos verificables con cierta frecuencia, o morirá de descrédito.

El encaje de las operaciones militares en el marco político local y regional

Para los Estados occidentales los intentos de influir militarmente en los acontecimientos de terceros países se han saldado con experiencias poco alentadoras en las últimas décadas. La presencia de tropas europeas o nor-

²⁸ Morris, William, *One Year Later. Assessing the Coalition Campaign against ISIL*. Middle East Policy, Vol. XXII, N.º 4, winter 2015, pp.7-8.

teamericanas crea enormes recelos en muchos lugares del mundo y los propios Gobiernos occidentales no quieren bajo ningún concepto dar una impresión de neocolonialismo.

En consecuencia, la clásica relación entre política y estrategia militar se revierte, al contrario que en la época colonial, cuando se disfrutaba del control de la Administración local, las fuerzas occidentales deben combatir ahora en países que no son el suyo, en favor de unas autoridades locales cuyas decisiones no controlan en absoluto y que además son extremadamente susceptibles a cualquier presión. No es raro encontrar Gobiernos corruptos, incompetentes, sectarios o simplemente con objetivos políticos diferentes a los de los países que despliegan tropas en su territorio. La consecuencia es que las decisiones políticas locales dificultan el éxito militar, a veces lo impiden y a veces echan a perder sus posibles beneficios cuando se produce. Los intentos por superar esta situación mediante la imposición se han saldado con contundentes fracasos por falta de legitimidad, como le ocurrió a Estados Unidos y a su autoridad provisional en Iraq en 2003-2004.

La naturaleza de este problema es esencialmente política, pero tiene tal influencia sobre la acción militar que, si no se soluciona, puede convertir sus resultados en irrelevantes e incluso contraproducentes. En 2007 la nueva estrategia militar norteamericana en Iraq (conocida habitualmente como *Surge*) consiguió un nivel de estabilidad muy aceptable y creó las condiciones para una reconciliación nacional, pero las decisiones del primer ministro Nuri al-Maliki alienaron a la población sunní de tal manera que facilitaron el retorno de las hostilidades y finalmente el auge del Dáesh.

La solución a este problema requiere tres condiciones esenciales para tener éxito. La primera es que hay que elegir muy bien a quien se apoya, no solo en términos de legitimidad internacional, sino también de apoyo local, acceso a recursos, y fiabilidad y capacidad de control sobre sus fuerzas. La segunda es que la relación de apoyo es un *quid pro quo*. El apoyo militar se proporciona en función del cumplimiento de unas condiciones estrictas que garanticen que los intereses de quien proporciona la fuerza serán respetados. Y la tercera es que siempre tiene que haber opciones alternativas. Si el apoyado siente que es la única opción posible recurrirá con frecuencia al chantaje, poniendo a las potencias extranjeras ante el dilema entre él y el caos.

En el caso de la lucha contra el Dáesh, las dificultades en el trato con los entes políticos locales son especialmente complejas, porque el conflicto implica directamente a dos Gobiernos (Iraq y Siria) y una enorme variedad de entes autónomos, desde milicias kurdas iraquíes y sirias hasta grupos armados de diferente signo y condición. Y un problema añadido es que alguno de estos grupos puede cambiar de bando con relativa facilidad.

En Iraq, el apoyo al legítimo Gobierno iraquí es inexcusable, no obstante, y teniendo en cuenta su debilidad habitual y su tendencia a marginar a la población sunní, ese apoyo debe ser matizado y equilibrado con el proporciona-

do a otros grupos. Los kurdos iraquíes son la alternativa más evidente, pero el juego de apoyos en el país estaría incompleto si no se incluye de alguna manera a la población sunní, aunque muchos de sus líderes están ahora con el Dáesh, hay algunos que luchan todavía en su contra. Y la posibilidad de un cambio de bando si los yihadistas se debilitan, como ocurrió en la época del *Despertar Sunní* en 2005-2008 está siempre presente.

En Siria, el asunto es más complejo. No cabe duda de que el régimen de Damasco ha tenido un comportamiento criminal con frecuencia, pero también es cierto que si ha sobrevivido es porque una parte importante de la población todavía lo apoya y porque sus Fuerzas Armadas son las mejor equipadas y preparadas en el conflicto. De momento es el que mejor podría combatir al Dáesh en Siria, siempre y cuando el régimen no sienta amenazada su existencia por el resto de la oposición. El hecho de que ya reciba apoyo exterior de Rusia e Irán evita además el recurso a medidas de apoyo directo que serían mal vistas por las opiniones públicas occidentales.

Los kurdos sirios del YPG (Unidades de Protección Popular) son una opción aceptable, y de hecho son los que más se están beneficiando últimamente del apoyo norteamericano. Su unión con algunas milicias árabes sunníes en el SDF (Ejército Democrático Sirio) les da además un toque multiétnico y sunní muy adecuado para la lucha contra el Dáesh, además pueden compensar una excesiva posición de fuerza del régimen de Damasco, con el que no obstante pueden llegar a acuerdos, especialmente sobre un gobierno autónomo. De momento no combaten habitualmente contra las fuerzas del Gobierno, e incluso en ocasiones colaboran con ellas. El mayor problema es que cualquier apoyo a este grupo suscitará la oposición de Turquía y además, como ocurre en Iraq, los milicianos kurdos son reacios a combatir mucho más allá de sus territorios tradicionales. A pesar de ello han sido los únicos capaces no solo de frenar al Dáesh en Siria sino de ganarle terreno de manera constante.

Por último está la oposición siria. Existen decenas de grupos diferentes, pero el más potente sin duda es Jabhat al-Nusra. Obviamente una filial de Al Qaeda no es elegible para recibir apoyo occidental, pero otros grupos más moderados han tenido que aceptar la colaboración con al-Nusra como única forma de supervivencia. El apoyo a la oposición siria es problemático, porque puede terminar alimentando también a al-Nusra, que no es mejor que el Dáesh. Sin embargo, un apoyo limitado y selectivo puede evitar que el régimen de al-Assad aniquile lo que queda de oposición moderada y que bien el Dáesh bien al-Nusra se haga con su territorio, equipo y recursos. En cualquier caso, el apoyo a la oposición siria debe enmarcarse dentro de la solución regional para la población sunní. Esto llevaría a defender una amplia autonomía de este grupo en Iraq y Siria, y podría conducir, incluso, a plantearse la creación de un tercer Estado que ocuparía gran parte de los territorios actualmente controlados por el Dáesh. Hay que tener presente que la fuerza esencial del grupo yihadista proviene de la población sunní local. Sin una «solución sun-

ní» la derrota del Dáesh será mucho más costosa, y aunque finalmente se produzca no servirá más que para dar paso a un nuevo conflicto²⁹.

Un equilibrio similar debe conseguirse en las relaciones regionales. La nueva estrategia de Estados Unidos, distanciándose del apoyo incondicional a Arabia Saudí y utilizando a Irán como contrapeso regional, puede ser de ayuda en este sentido, siempre y cuando a Riad le quede claro que las veleidades hegemónicas de Teherán serán combatidas con la misma energía que las suyas propias. De nuevo, la voluntad para buscar una solución al problema sunní distinta al Dáesh será clave en la configuración de un marco regional estable.

Un asunto especialmente espinoso es el papel de Turquía, el país que presenta la evolución política más preocupante de la región, incluso más que la propia Siria. La deriva fundamentalista y autoritaria del Gobierno y su habilidad para crearse enemistades generalizadas esconden un evidente riesgo de explosión social, alimentado además por las negativas consecuencias del conflicto sirio sobre su territorio y por el interminable y mal gestionado problema kurdo. La pérdida de Turquía como elemento estabilizador en la región sería una tragedia geopolítica inmensa, de consecuencias imprevisibles y casi con toda seguridad beneficiosas para el Dáesh, que depende en gran medida de la frontera turca para consolidar su sostenibilidad.

La idea de crear un colchón de seguridad en la frontera sirio-turca ha sido planteada muchas veces, principalmente por el Gobierno de Ankara, y siempre ha sido rechazada por la imposibilidad de llevarse a cabo sin un despliegue terrestre de tropas internacionales, y últimamente por los riesgos de enfrentarse a Moscú en suelo sirio. Lo cierto es que ese colchón está ahora mismo muy cerca de convertirse en realidad, aunque de una manera que no satisface en absoluto a Turquía: las milicias kurdas sirias dominan ya la mayor parte de la frontera. Ankara ha apoyado una ofensiva de fuerzas de la oposición para conquistar el resto, pero la reacción del Dáesh y la intervención rusa no han facilitado las cosas³⁰. Trabajar para que esta situación pueda ser aceptable para Turquía, lo que implica garantizar que las milicias kurdas no aprovecharán la situación para redoblar sus ataques en territorio turco, parece la única opción viable para atraer a Ankara a una posición más colaborativa en la resolución del conflicto sirio y en la lucha contra el Dáesh.

²⁹ Harrison, Ross. Towards a Regional Strategy Contra ISIS. *Parameters* 44(3) autumn 2014, pp. 37-46.

³⁰ *Why Turkey Can't Sell a Syrian Safe Zone?* Stratfor, 7 de octubre de 2015, disponible (con suscripción) en <https://www.stratfor.com/geopolitical-diary/why-turkey-cant-sell-syrian-safe-zone>. Fecha de la consulta: 22 de abril de 2016.

La estrategia militar y las operaciones sobre el terreno. Siria e Iraq

Establecido el marco político para que las decisiones a este nivel no planteen problemas insolubles a la campaña, es obvio que el paso siguiente es asegurar la coordinación de esfuerzos, que ya existe en cierto grado aunque difícilmente se reconozca. Esto parece un imposible a nivel político, pero probablemente no lo es tanto a nivel operacional y táctico. Rusia y Estados Unidos ya intercambian información para coordinar sus movimientos aéreos y estos canales de comunicación dan para mucho más. Rusia puede materializar una discreta pero útil coordinación entre Washington y Damasco y también entre Iraq, Siria e Irán a través del centro de coordinación establecido en Bagdad³¹. Estados Unidos tiene capacidad de coordinación directa sobre los medios desplegados por los miembros de la coalición contra el Dáesh y sigue siendo el único que puede mediar con alguna probabilidad de éxito entre el Gobierno de Bagdad, Turquía, los kurdos iraquíes y los kurdos sirios. Y aún más importante, todavía puede presentarse como un mediador aceptable por la causa sunní.

El siguiente paso consiste en decidir cómo se va a utilizar la fuerza militar sobre el terreno. En principio, y más después de las experiencias en Iraq y Afganistán, las opiniones públicas occidentales no son nada partidarias de que sus soldados se desplieguen en terceros países para largas campañas contrainsurgencia. Además, los ejércitos profesionales europeos y norteamericano se han mostrado muy poco adecuados para sostener campañas largas, en las que han llegado cerca de la extenuación.

La respuesta a este problema está en las fuerzas locales. Ellas deben llevar el peso de las operaciones, garantizar la seguridad y ganarse los corazones y las mentes de la población. El papel de las fuerzas internacionales será más aceptable y provechoso si se centra en el equipamiento, entrenamiento y asesoramiento de las fuerzas locales. Esta es la estrategia que el presidente Obama ha aplicado en el conflicto desde hace años, aunque los resultados de momento distan de ser espectaculares, probablemente porque el esfuerzo realizado no ha mantenido la energía, continuidad y supervisión necesarias. El ejército iraquí, por ejemplo, pese a una década de entrenamiento militar norteamericano, y miles de millones de dólares en equipamiento, se desmoronó ante la ofensiva de apenas unos diez mil yihadistas sobre Mosul. Y los intentos por organizar, equipar y entrenar una fuerza de combatientes sunníes en Siria rozaron el ridículo, pese a un presupuesto de 500 millones de dólares³².

³¹ Kalin, Stephen. Iraq says Russia, Iran, Syria cooperating on security issues in Baghdad, *Reuters*, 27 de septiembre de 2015, disponible en: <http://www.reuters.com/article/us-mideast-crisis-iraq-russia-idUSKCN0RQORY20150927>. Fecha de la consulta: 25 de abril de 2016.

³² Shear, Michael; Cooper, Helene, y Schmitt, Eric. Obama Administration Ends Efforts to Train Syrians to Combat ISIS, *New York Times*, 9 de octubre de 2015, disponible en: <http://>

Entrenar una fuerza local se complica enormemente con las diferencias de idioma y cultura y, sobre todo, con la presencia de infiltrados que a la menor oportunidad atacan a sus instructores extranjeros. Aún más importante resulta el hecho de que entrenar una fuerza a la que no se va a acompañar a la batalla suele ser poco productivo. Por muy bien entrenada que esté una unidad local, la prueba de fuego del combate real por sus propios medios suele resultar decepcionante.

Aunque con bastante resistencia, Estados Unidos ha terminado por desplegar en Iraq y Siria los equipos de enlace y apoyo (OMLT en OTAN y *Embedded Teams* en el US Army) que ya se emplearon en la década anterior tanto en Iraq como en Afganistán. Estos equipos, compuestos por una o dos decenas de efectivos dotados con equipos avanzados de telecomunicaciones, acompañan a las fuerzas previamente adiestradas al combate pudiendo apoyar a una unidad tipo batallón, a la que facilitan capacidades de combate especialmente valiosas como apoyo aéreo, evacuaciones médicas, abastecimientos o apoyo de inteligencia. Equipos similares a estos se utilizan por parte de Rusia en el apoyo a las fuerzas del régimen de Damasco, y probablemente muchos asesores iraníes tienen una función similar, aunque Irán ha terminado por empeñar más fuerzas en combate directo en Siria e Iraq de las que probablemente desearía³³.

Su eficacia depende de la integración en la unidad local y de que realmente puedan solicitar apoyos que marquen la diferencia respecto al enemigo. Por eso su despliegue debe ir acompañado de un contingente de aviones de combate, helicópteros de ataque, transporte y evacuación, así como unidades de inteligencia y de apoyo logístico. Evidentemente su participación en combate implica la posibilidad de bajas, lo cual hace a muchos países reacios a utilizarlos, y ha sido la causa del poco entusiasmo de la Administración Obama para desplegarlos en el conflicto. Pero las ventajas de su utilización sobrepasan con mucho sus posibles inconvenientes.

Pero en algunas circunstancias ni el entrenamiento de fuerzas locales ni la presencia de equipos de enlace y apoyo es suficiente o viable, porque sencillamente no hay fuerzas locales suficientemente organizadas y eficientes como para enfrentarse a la insurgencia. Es entonces cuando surge la necesidad de la intervención directa y el aún más peliagudo dilema de si esta debe incluir el temido despliegue de fuerzas terrestres, algo especialmente deli-

www.nytimes.com/2015/10/10/world/middleeast/pentagon-program-islamic-state-syria.html. Fecha de la consulta: 18 de abril de 2016.

³³ Una de las consecuencias de esta intervención son las bajas sufridas. Hasta febrero de 2016 Irán perdió 342 combatientes en Siria. Las bajas mortales del grupo chiita libanés Hezbolá se acercan al millar. Alfoneh, Ali, y Eisenstadt, Michael. Iranian Casualties in Syria and the Strategic Logic of Intervention, *The Washington Institute*, 11 de marzo de 2016, disponible en: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/iranian-casualties-in-syria-and-the-strategic-logic-of-intervention>. Fecha de la consulta: 7 de junio de 2016.

cado para cualquier gobierno occidental. La paradoja es que para combatir a una insurgencia hay que disputarle el control del territorio y la población, por lo que resulta inevitable que el peso de las operaciones recaiga sobre las fuerzas terrestres. Pero esa batalla difícilmente puede ganarse en un espacio corto de tiempo y además hay que hacer y sufrir cosas que espantan a los ciudadanos. Si el conflicto se prolonga, los pequeños y sofisticados ejércitos de Occidente se agotan, mientras sus opiniones públicas, que asisten cada día al horror de la guerra en tierra, se desmoralizan.

Una alternativa es no desplegar fuerzas terrestres y confiar en el uso de una combinación de medios discretos y de ataque a distancia, normalmente fuerzas aéreas, drones y fuerzas de operaciones especiales. Esta es la estrategia adoptada por Estados Unidos en su lucha contra el Dáesh hasta el momento, como un complemento a la formación de fuerzas locales. Un punto especialmente importante y polémico en esta estrategia es la eliminación de líderes enemigos mediante ataques aéreos, drones o equipos de operaciones especiales.

Al igual que en otros casos anteriores, la experiencia demuestra que la estrategia de ataques limitados y puntuales puede desgastar a la insurgencia, contener sus progresos y reducir su movilidad, pero no resulta suficiente para destruirla y expulsarla del territorio ocupado. La eliminación de líderes ha obtenido un éxito moderado en algunas ocasiones como en la lucha contra Al Qaeda en Pakistán³⁴, aunque nunca ha sido por sí sola suficiente para causar un efecto decisivo. En el caso del Dáesh los resultados son especialmente pobres, probablemente porque los dirigentes del grupo se mezclan sistemáticamente con la población y su eliminación supondría con frecuencia causar un número inaceptablemente alto de bajas civiles. Además, siendo una organización más jerarquizada, es muy probable que disponga de un sistema de relevo automático de cuadros de mando, lo que reduciría considerablemente los efectos de una campaña de decapitación. En cualquier caso, el uso exclusivo de una estrategia de acciones limitadas puede ser razonable temporalmente, especialmente mientras se trabaja en aumentar la eficacia operativa de las fuerzas locales, pero resulta poco realista esperar resultados decisivos.

Una segunda opción, cuando la potencia de combate de la insurgencia ha superado a las fuerzas locales y no hay tiempo material para entrenarlas y organizarlas adecuadamente, es lo que podría llamarse la estrategia de la ventana de oportunidad³⁵. Consiste en el empleo de una fuerza de combate sustancial durante un tiempo limitado para conseguir un cambio significativo en la situación y abrir una ventana de oportunidad que permita reconducir

³⁴ Jordan, Javier (2014). The Effectiveness of the Drone Campaign against Al Qaeda Central: A Case Study, *Journal of Strategic Studies*, 37:1, pp. 4-29.

³⁵ Calvo Albero, José Luis. Contrainsurgencia: corazones, mentes y ventanas de oportunidad, *Revista Ejército n.º 827*, marzo de 2010, 6-12.

el conflicto hacia su resolución. Se trata en cierto modo de un retorno a la doctrina norteamericana Powell-Weinberger de los años 80 y 90 del pasado siglo³⁶. Empleo de un poder máximo por un tiempo limitado, con objetivos estratégicos muy bien definidos y una clara estrategia de salida.

La estrategia de ventana de oportunidad se empleó con muy buenos resultados en Iraq en 2007-2008 durante el denominado Surge. La insurgencia tanto sunní como chiita quedó temporalmente desarticulada, aunque las posteriores decisiones políticas del Gobierno de Bagdad echaron a perder las posibilidades creadas por la ventana. También se puede asimilar la intervención rusa en Siria en 2015-2016 a una estrategia de ventana de oportunidad, aunque en este caso no se desplegaron fuerzas terrestres al existir fuerzas locales mínimamente fiables sobre el terreno. Aunque los resultados fueron inicialmente limitados, la ruptura del frente en la ciudad de Alepo, cortando las rutas de abastecimiento de la oposición desde Turquía, creó una ventana de oportunidad que, aunque se está cerrando rápidamente, ha llevado a un acuerdo de alto el fuego parcial, el reinicio de conversaciones de paz, una mayor implicación norteamericana en el conflicto y la posibilidad de concentrar esfuerzos militares sobre el Dáesh.

La estrategia de las ventanas de oportunidad tiene sus riesgos, el más evidente es que puede no conseguirse el cambio decisivo en la situación que abra la ventana. No obstante, con una elección realista de los efectos estratégicos a conseguir y un empleo decidido de fuerzas suficientes hay razonables posibilidades de éxito. Un segundo riesgo es que, como apuntaba el general Petraeus, director del Surge iraquí en 2007, la dinámica habitual para esta estrategia consiste en que para arreglar una situación primero hay que empeorarla sustancialmente. En los siete meses del Surge murieron más soldados norteamericanos y más civiles que en cualquier otro período similar del conflicto. No obstante, se consiguieron resultados que tampoco se habían podido conseguir con anterioridad. La sostenibilidad de la estrategia de las ventanas de oportunidad frente a la opinión pública se basa en que se soportan mucho mejor bajas sustanciales durante un corto período de tiempo, si al final se producen resultados positivos, que un número reducido durante un período largo sin perspectivas de éxito a la vista³⁷.

En cualquier caso, esta estrategia puede revelarse inútil si la ventana de oportunidad se abre pero no hay nada preparado para aprovecharla. Las acciones para alcanzar el éxito militar deben ir acompañadas de otras que

³⁶ La «Doctrina Weinberger» fue formulada en 1984 por el entonces secretario de Defensa Caspar Weinberger para evitar repetir los errores cometidos en Vietnam. Más tarde fue refinada por Colin Powell cuando era presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, y se suele conocer como «Doctrina Powell».

³⁷ Katagiri, Noriyuki (2015). ISIL, insurgent strategies for statehood, and the challenge for security studies, *Small Wars & Insurgencies*, 26:3, pp. 542-556.

creen las condiciones necesarias para explotarlo en cuanto se produzca. Si no hay acciones previstas la ventana se cerrará sin resultados.

El aumento significativo de fuerzas, acciones, bajas y riesgos que implica una estrategia de ventana de oportunidad y su asimilación a anteriores estrategias de escalada de desagradable recuerdo como la aplicada en Vietnam no motivó al ya de por sí poco entusiasta presidente Obama para utilizarla en el conflicto de Oriente Medio. La consecuencia fue que las acciones norteamericanas en Iraq primero y Siria después fueron muy poco eficaces desde el primer año y medio de lucha contra el Dáesh. Las misiones de ataque de aviones tripulados y drones eran muy escasas (rara vez más de 10-15 en un solo día) y el proceso de gestión y aprobación de objetivos (*targeting*) era tan estricto que apenas permitía atacar blancos de interés estratégico. El temor a causar bajas civiles y destruir la economía local en las zonas sunníes bajo control del Dáesh, así como la ambigüedad estratégica en la que Estados Unidos siempre se movió respecto al grupo, degradaron enormemente la eficacia de los ataques. El empleo de fuerzas de operaciones especiales tampoco fue especialmente entusiasta. A los problemas habituales en la realización de ataques aéreos se unía la posibilidad de que estas fuerzas sufriesen bajas en sus operaciones. La incursión en Siria en mayo de 2015, en la que resultó muerto Abu Sayyaf, un alto cargo del Dáesh a cargo de la gestión del petróleo, fue la acción más publicitada y probablemente una de las más relevantes de este tipo.

Paradójicamente, fue la intervención rusa en Siria en octubre de 2015 la que obligó a Estados Unidos a reaccionar y elevar el nivel de sus acciones en Siria e Iraq ante el riesgo de quedar relegado en la marcha de los acontecimientos. En apenas unos meses Washington aplicó una política más flexible en el proceso de *targeting*, comenzando a atacar convoyes de cisternas del Dáesh, así como bancos y depósitos de dinero en efectivo que el grupo mantenía dispersos en Iraq y Siria³⁸. Los intentos por formar una fuerza armada sunní siria prácticamente se abandonaron ante la opción más realista de apoyar a los kurdos sirios, y el número de fuerzas militares norteamericanas aumentó hasta una cifra superior a los 5.000 efectivos a mediados de 2016³⁹. Otros países que colaboran en la operación *Inherent Resolve* contra el Dáesh aumentaron también su presencia especialmente

³⁸ Brown, Ryan. US admits airstrikes killed civilians in Iraq and Syria, *CNN*, disponible en: <http://www.cnn.com/2016/01/22/politics/us-civilian-casualties-iraq-syria/>. Fecha de la consulta 27 de abril de 2016.

³⁹ De ellos unos cinco mil despliegan en Iraq (Thompson, Mark. Number of Us Troops in Iraq Keeps Creeping Upward, *Time*, 18 de abril de 2018, disponible en: <http://time.com/4298318/iraq-us-troops-barack-obama-mosul-isis/>. Fecha de la consulta 5 de junio de 2016) y unos trescientos en Siria (Rampton, Roberta. Obama Sends More Special Forces to Syria in Fight Against IS, *Reuters*, 26 de abril de 2016, disponible en: <http://www.reuters.com/article/us-mideast-crisis-usa-syria-idUSKCN0XL0ZE>. Fecha de la consulta 8 de junio de 2016).

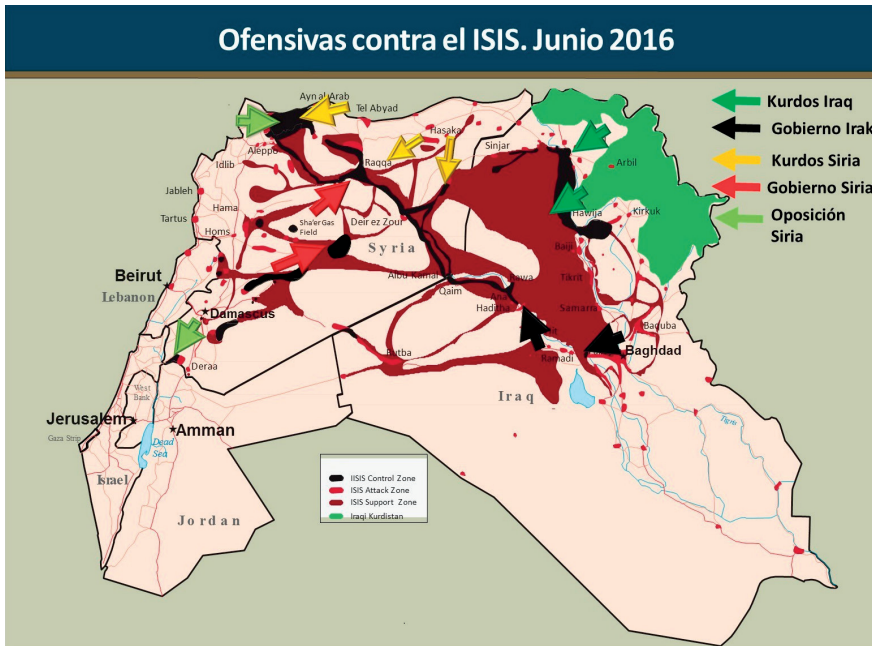
en Iraq. En total, y aunque los datos son bastante estimativos, puede haber más de 10.000 efectivos multinacionales en la región que de una forma u otra colaboran en la lucha contra el Dáesh⁴⁰. Esto no incluye a Rusia, Irán y Hezbolá, cuyos efectivos en Siria son desconocidos, aunque podrían añadir varios miles más.

Así pues, pese a que no se han empeñado más fuerzas terrestres que las locales, la intervención rusa y la reacción norteamericana han provocado una dinamización de las operaciones que ha abierto una ventana de oportunidad, frágil pero real, que ha permitido debilitar sensiblemente al Dáesh y arrebatarle una considerable superficie de territorio. Desde el punto de vista militar es una estrategia correcta y aprovechable, la pérdida de territorio y población resulta especialmente grave para el grupo yihadista, que extrae de ellos la mayor parte de sus recursos.

La ventana de oportunidad que se disfruta actualmente es prometedora, aunque probablemente no será larga. Muchos de los que combaten al Dáesh están cerca del agotamiento. Es el caso del ejército regular sirio o de sus aliados de Hezbolá, otros como los kurdos tanto sirios como iraquíes se resisten a ir más allá de reconquistar sus áreas de influencia. Rusia también ha reducido su apoyo al régimen de Damasco y no es esperable que mantenga un ritmo intenso de operaciones durante más de unos meses. Y en Estados Unidos las elecciones presidenciales impondrán prudencia en cualquier decisión bélica. Así pues, salvo que se consiga un resultado decisivo a corto plazo, la ventana se cerrará en algún momento de 2016.

De momento, se está intentando aprovecharla con una serie de ofensivas (mapa 1), cuyo grado de coordinación es solo relativo, que pretenden saturar la capacidad de reacción de los yihadistas. A la ofensiva del ejército sirio sobre Palmira, en Siria central, siguieron las operaciones iraquíes para expulsar al Dáesh de la provincia de Al-Anbar, que han conseguido recuperar las ciudades de Hit y Ramadi, entre otras, y se disponen a hacer lo mismo con Faluya. Los kurdos iraquíes han lanzado ofensivas locales para estrechar el cerco en torno a Mosul, mientras sus homólogos sirios han lanzado ataques para aislar Raqqa, que se considera la capital del califato y para expulsar al Dáesh del tramo de frontera entre Siria y Turquía que todavía controla. En este último objetivo los kurdos sirios compiten con otros grupos de la oposición a Damasco que cuentan con el apoyo turco mediante asesores militares y, sobre todo, de la artillería turca que dispara desde el otro lado de la frontera. En las últimas semanas, el régimen de Damasco ha comenzado además una nueva ofensiva sobre Raqqa avanzando desde el Suroeste.

⁴⁰ McKinnis, Kathleen J. *Coalition Contributions to Countering the Islamic State*, Congressional Research Service, 13 de abril de 2016, disponible en: <https://www.fas.org/sgp/crs/natsec/R44135.pdf>. Fecha de la consulta 10 de junio de 2016.



Lo cierto es que en todas las direcciones de ataque se ha ganado terreno, en algunos casos significativamente. Los kurdos sirios son quizás los que más han avanzado en la zona al oeste del curso alto del Éufrates tratando de alcanzar la ciudad de Manjib, pero todas y cada una de las acciones ofensivas se han encontrado con una fuerte resistencia y con frecuencia con contraataques sorprendentemente enérgicos de los yihadistas. En ocasiones estos contraataques han tenido efectos devastadores, como el lanzado a finales de mayo contra los rebeldes sirios que partió en dos la zona que ocupan al norte de Aleppo, causando cientos de bajas y la huida de miles de personas de la zona. En cualquier caso, pese a la acumulación de operaciones ofensivas, no se ha conseguido todavía saturar la capacidad de reacción del Dáesh, ni se vislumbra un rápido colapso del grupo.

El problema de nuevo es que ninguno de los actores que combaten al Dáesh, ni siquiera el ejército sirio, que con sus aliados iraníes y libaneses parece el más potente en la zona, tiene capacidad de lanzar más que ofensivas locales, no obstante, si se consigue mantener el ritmo de ofensivas limitadas se podría conseguir agotar las reservas del grupo yihadista, lo que probablemente le forzaría a un repliegue estratégico generalizado. El problema, de nuevo, es conseguir la coordinación de las acciones entre los diferentes grupos para no dar opción a los yihadistas a concentrar sus fuerzas sucesivamente sobre cada uno de sus enemigos.

La ventana también podría cerrarse en falso si los adversarios del Dáesh perciben que la lucha les está restando fuerzas para mantener su posición

frente a otros grupos rivales. Esto es especialmente probable en Siria, donde casi todos los grupos que combaten al Dáesh combaten también entre sí, un excesivo celo en la lucha contra los yihadistas podría llevar a algunos de ellos a convertirse en presa fácil para el resto, por lo que puede que una resistencia enérgica del Dáesh los disuada de continuar en la lucha por mucho tiempo. En cualquier caso, si la ventana se cerrase sin resultados el Dáesh obtendrá un respiro e incluso mantendrá una fuerza residual todavía notable, lo que probablemente garantizaría su supervivencia como entidad política y territorial por algún tiempo, hasta que se pueda crear una nueva ventana de oportunidad. Este escenario sería muy negativo pues permitiría al grupo echar raíces todavía más profundas en territorio sirio e iraquí y preparar la transición a una fase clandestina y terrorista cuando el control del territorio se convierta en insostenible. También mantendría intacto el prestigio del grupo a los ojos de sus seguidores y los canales de reclutamiento del yihadismo internacional seguirían apoyándolo de manera prioritaria.

Que la ventana no se cierre prematuramente depende en lo militar de la continuidad de los esfuerzos, pero el clima político tiene tanta o más importancia. La consecución de un plan de paz para Siria, o al menos el mantenimiento de una situación de beligerancia limitada entre Damasco y la oposición, serían esenciales para poder concentrar esfuerzos contra el Dáesh, como también lo sería un acuerdo político en Iraq que termine con la actual situación de crisis política permanente. No es tarea fácil y, de hecho, en mayo y junio de 2016 se han intensificado en Siria los combates en torno a Alepo, considerada, tanto por el gobierno de Damasco como por la oposición, el objetivo estratégico más decisivo en la guerra civil, aparte de la propia capital. No obstante, y pese a que el alto el fuego parece más precario que nunca, aún puede albergarse alguna esperanza. Tanto Iraq como Siria son países agotados por muchos años de guerra civil y las posibilidades de un acuerdo crecen cada día que pasa.

En cualquier caso hay que tener en cuenta que incluso si el Dáesh es derrotado militarmente y pierde todos sus feudos continuará la lucha desde la clandestinidad utilizando esencialmente el terrorismo. Pero en una situación que evolucione hacia la estabilidad, tanto en Siria como en Iraq, el destino del Dáesh será una marginalización progresiva, a menos que consiga aliarse de nuevo con una comunidad de agraviados o se aproveche de una situación de caos generalizado.

En cuanto a la estrategia operacional a aplicar sobre el terreno y obtener ventaja de la situación actual, o para abrir una futura ventana de oportunidad, se plantean dos posibilidades clásicas:

La primera es el ataque enérgico y directo contra lo que se identifique como el centro de gravedad del Dáesh, el problema es que no resulta nada fácil identificar un centro de gravedad único y decisivo, cuya destrucción garantice el colapso del califato. Matar a al-Bagdadi probablemente no tendría

consecuencias sustanciales, a no ser que se abriese una lucha interna por la sucesión. Capturar Raqqa, la capital del califato en Siria, no tendría más efecto que obligar al Dáesh a mover su estructura administrativa a otro lugar. Atraer al mando paramilitar yihadista a una batalla decisiva, en la que se pueda destruir gran parte de sus fuerzas, resulta muy poco probable, los yihadistas no combaten en esos términos y sencillamente se dispersarán para atacar en otro sitio.

La segunda posibilidad, que parece la elegida en este momento tanto por la coalición liderada por Estados Unidos como por el Gobierno sirio y sus aliados, es la asfixia, privando al Dáesh de los recursos indispensables para sostener su estado y sus operaciones, y obligándolo a combatir en múltiples frentes hasta agotar sus reservas. Lógicamente requiere un tiempo mayor, pero también menos recursos. Inicialmente sería preciso recuperar el control de los tramos de la frontera sirio-turca aún en manos del grupo yihadista, de los que sigue dependiendo una parte sustancial de su economía. Apparentemente no es una tarea muy difícil ya que el Dáesh apenas controla ya un centenar de kilómetros de frontera y está perdiendo terreno rápidamente, especialmente frente a la ofensiva del SDF (kurdos y árabes) sobre Manjib, apoyada por Estados Unidos.

Gran parte de los recursos del Dáesh dependen de la población que controla y en ese sentido la mejor manera de disminuir dramáticamente la cantidad de población bajo el califato sería recuperar la ciudad de Mosul. Eso le privaría de alrededor de millón y medio de personas y de todas las infraestructuras del tercer centro urbano de Iraq. Sin embargo, reconquistar una ciudad de esa magnitud y hacerlo además sin provocar una masacre de civiles no es nada sencillo. En realidad, solo inspirando entre las fuerzas del Dáesh un pánico similar al que se produjo entre las fuerzas iraquíes en 2014 podría conseguirse y eso no parece probable. Ni iraquíes ni kurdos parecen tener las capacidades ni la voluntad para una ofensiva enérgica. La alternativa es aislar la ciudad haciendo imposible su aprovechamiento económico, aunque eso provocaría una crisis humanitaria considerable, en realidad Mosul es uno de esos problemas de difícil solución militar a corto plazo, a no ser que se produzca una intervención de fuerzas internacionales, por lo que probablemente el asalto final a la ciudad se retrasará hasta que el grado de debilidad del Dáesh sea mucho más acusado que ahora.

Una alternativa que supondría menos merma de recursos humanos para el Dáesh, pero quizás un mayor perjuicio simbólico, es el ataque contra lo que se considera la capital del Estado Islámico en la ciudad siria de Raqqa. Ya hay al menos dos ofensivas que se dirigen contra esa ciudad actualmente, aunque de nuevo los problemas de atacar un centro urbano de considerable magnitud (quizás 300.000 habitantes) aconsejan moderación en las operaciones.

En cualquier caso, parece que la asfixia progresiva es más realista que el ataque directo y generalizado, pero si se quiere que sus efectos tengan consecuencias rápidas, y especialmente si se quiere aprovechar la actual ventana de oportunidad, la intervención de fuerzas internacionales (occidentales, rusas o turcas) sería muy oportuna, aunque en las actuales circunstancias no parezca probable. No obstante, el cierre de la frontera turca, un progresivo aislamiento de Mosul o la toma de Raqqa serían factibles utilizando solo tropas locales, siempre y cuando contasen con apoyo norteamericano o ruso. Y la consecución de estos objetivos, o incluso de solo uno o dos de ellos, podría ser suficiente para provocar un debilitamiento sustancial de la capacidad del Dáesh para sostener sus operaciones.

Los feudos periféricos

De los lugares donde el Dáesh mantiene presencia, probablemente Libia es el más preocupante por varias razones. Primero, por su cercanía a Europa; segundo, porque el grupo se ha reforzado considerablemente en el país, y, tercero, porque la caótica situación interna proporciona muchas oportunidades para su posterior expansión.

Muchas veces se ha hablado de una intervención occidental en Libia y si no se ha producido ya es probablemente porque no se tiene muy claro a quién apoyar en el laberinto de grupos políticos, parlamentos, milicias y tribus. Una intervención que no tenga claro a qué grupo apoyar y deba confiar exclusivamente en las tropas internacionales para lograr la estabilidad exigiría una inmensa cantidad de recursos, y no es seguro que llegase a una situación mejor que la actual.

El reciente acuerdo que ha permitido a un Gobierno libio de unidad, apoyado por la mayor parte de la comunidad internacional, trasladarse de Túnez a Trípoli abre la puerta para una mayor implicación occidental. Si hay Gobierno con legitimidad aceptable a quien apoyar, la estrategia de ventanas de oportunidad sería también aplicable. No obstante, hay una serie de dificultades que conviene tener en cuenta.

La primera es que los contingentes militares que apoyan al Gobierno de unidad son todavía débiles y su lealtad dudosa. Habría no solo que entrenar y equipar, sino también organizar un auténtico ejército nacional. La mejor manera de hacerlo sería convencer a las milicias para que se unan en una fuerza regular, pero convencer en este tipo de escenarios implica una combinación de persuasión y amenaza. No hay duda sobre la capacidad europea de persuasión diplomática y económica, pero la hay, y considerable, sobre su capacidad para la amenaza. Una estrategia que solo ofrezca zanahorias sin el contrapeso del palo terminará inevitablemente en chantaje.

Todos los líderes políticos libios se han expresado repetidamente en contra de la presencia de tropas extranjeras en su territorio, pese a que hay menos

de orgullo y patriotismo que de intereses particulares en esta postura, probablemente el despliegue directo de fuerzas terrestres no sería una buena idea. Pero derrotar al Dáesh en Libia sin el apoyo de instructores, equipos de apoyo y enlace, contingentes aéreos y navales o fuerzas de operaciones especiales parece poco realista.

De momento, se tiene noticia del despliegue de fuerzas de operaciones especiales norteamericanas, y quizás británicas, francesas y de otros Estados europeos. La cooperación con las milicias de la ciudad de Misrata, quizás las más potentes del país, ha permitido ya obtener un éxito notable en lo que se considera el reducto principal del Dáesh en Libia: la ciudad costera de Sirte. No obstante, las milicias de Misrata son quizás demasiado potentes e independientes como para que su lealtad al nuevo gobierno se dé por descontada. Las operaciones contra el Dáesh han resultado muy costosas en vidas y el grupo está todavía lejos de ser destruido⁴¹. Como en Siria, la clave de la lucha contra los yihadistas en Libia está en la continuidad de las operaciones ofensivas y el mantenimiento de un acuerdo nacional para evitar las luchas entre las diversas facciones que los combaten.

La propia naturaleza del territorio puede ofrecer un paraíso para el Dáesh. En la inmensidad del desierto libio es fácil dispersarse en pequeños grupos, confundirse con los movimientos de la población local y cruzar fronteras que son simples líneas sobre el mapa. Restablecer el control sobre las fronteras libias, tanto terrestres como marítimas, así como establecer destacamentos que controlen las rutas del desierto, sería una de las primeras prioridades en cualquier plan de estabilización del país para aislar no solo al Dáesh sino a otros grupos opuestos al proceso de paz. Esta es una tarea que difícilmente puede acometerse sin apoyo exterior y sin una estrategia que incluya también a los Estados vecinos. Quizás sea este un caso en el que el despliegue de fuerzas terrestres internacionales podría ser aceptable. Unidades muy móviles, desplegadas en destacamentos que controlen amplias y poco pobladas zonas de frontera y desierto podrían mantener a la vez un perfil de presencia muy bajo.

En Yemen y Afganistán el Dáesh tiene una presencia limitada y tiene que competir con potentes grupos insurgentes locales. En Yemen el competidor más evidente es Al Qaeda en la península arábiga, que está siguiendo una estrategia de control territorial similar en algunos aspectos a la del Dáesh en Siria e Iraq, pero con el matiz de que se realiza siempre mediante el acuerdo con las tribus locales⁴². La situación de guerra civil ha permitido expandir los

⁴¹ Unos cien muertos y cientos de heridos en menos de un mes. Dearden, Lizzie. Isis in Libya: Government forces «capture key port of Sirte» as battles to drive out jihadists continue, *The Independent*, 11 de junio de 2016, disponible en: <http://www.independent.co.uk/news/world/africa/isis-in-libya-government-forces-capture-key-port-of-sirte-as-battles-to-drive-out-jihadists-continue-a7076196.html>. Fecha de la consulta: 12 de junio de 2016.

⁴² Jordán, Javier. «El Dáesh en Oriente Medio, una amenaza en evolución», en Instituto Español de Estudios Estratégicos, *Panorama Estratégico 2016* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2016), pp. 141-180.

territorios bajo su control a gran parte de las zonas tribales del sureste del país, incluyendo algunos puertos de los que obtiene un importante beneficio económico⁴³. De hecho el problema en Yemen, aparte de la guerra civil y la regionalización del conflicto, no es de momento el Dáesh sino Al Qaeda. Una intervención militar occidental, aparte de los frecuentes ataques norteamericanos con drones sobre los líderes yihadistas, parece muy poco probable, al menos mientras la intervención de la coalición liderada por Arabia Saudí continúe.

Afganistán es quizás uno de los lugares más sorprendentes para que el Dáesh se asiente. En primer lugar, porque las tribus pastún que constituyen la base del movimiento talibán son ferozmente localistas y, aunque ofrecen gustosamente protección a los yihadistas, nunca han permitido que estos dicten su estrategia ni les priven de ninguna libertad de acción. En segundo lugar, por el arraigo de Al Qaeda en la zona.

La aparición del Dáesh en el país puede tener que ver más con disensiones internas dentro de red tribal pastún, especialmente tras la muerte del mullah Omar, líder original del movimiento talibán, que con una penetración en fuerza del grupo. Es posible que algunos insurgentes busquen el apoyo de los yihadistas para beneficiarse de sus redes financieras y de reclutamiento, pero nuevamente es muy difícil que les permitan alcanzar puestos de responsabilidad.

Respecto a la presencia del Dáesh en la península del Sinaí, el Gobierno egipcio difícilmente permitirá a ninguna potencia occidental nada que vaya más allá del apoyo en el intercambio de información, la adquisición de armas y equipos o las habituales relaciones militares, pese a que su campaña contra los grupos yihadistas en la Península no haya obtenido resultados muy positivos.

Por último, la presencia del Dáesh en Europa y Estados Unidos, en forma de células combatientes retornados de Siria e Iraq o lobos solitarios que actúen por cuenta propia en nombre el grupo, es un problema en el que las fuerzas armadas tienen poco que hacer. El establecimiento de canales de información con las fuerzas de seguridad para que la información que se obtenga en los teatros de operaciones se traslade rápidamente a la seguridad interior parece una de las medidas más aplicables. El apoyo mediante medios muy específicos, como drones, equipos de vigilancia, desactivación de explosivos o detección y descontaminación química y bacteriológica, es también posible, siempre bajo la dirección de las fuerzas de seguridad.

⁴³ El más importante de estos puertos, Mukalla, ha sido recientemente reconquistado con dificultad por tropas de la coalición liderada por Arabia Saudí. «Yemen conflict: Troops retake Mukalla from Al-Qaeda». *BBC News*, 25 de abril de 2016, disponible en: <http://www.bbc.com/news/world-middle-east-36128614>. Fecha de la consulta: 30 de abril de 2016.

Finalmente, el despliegue de personal militar en núcleos urbanos para proteger a la población civil es una medida controvertida. Aunque puede proporcionar cierta sensación de seguridad, lo habitual es que produzca el efecto contrario. Algunos Gobiernos europeos la han adoptado más para demostrar que se está haciendo algo que por su valor real. De hecho la capacidad de las patrullas militares para hacer frente a un atentado mínimamente preparado es muy limitada. No obstante, el empleo de personal militar para reemplazar efectivos policiales en la ejecución de tareas rutinarias de vigilancia, como la protección de puntos sensibles, permitiría tener una mayor disponibilidad de agentes para dedicarlos a tareas de investigación y protección directa de la población.

Conclusiones

La fuerza militar es solo uno de los instrumentos a utilizar contra el Dáesh y contra el yihadismo en general. Probablemente no sea el más importante, sobre todo a largo plazo, pero resulta imprescindible a corto para terminar con el proto-Estado bajo el control del grupo, que le proporciona unos recursos y un prestigio que difícilmente alcanzaría operando en la clandestinidad. Con todo, hay que ser consciente de que los efectos de cualquier campaña militar serán temporales y limitados, y si no se aprovechan oportunamente para poner en práctica otras medias políticas y económicas se perderán rápidamente.

Los errores cometidos por Estados Unidos en Iraq y por Europa en Libia han desprestigiado el uso de la fuerza militar como un instrumento válido para la resolución de conflictos. Costará tiempo y esfuerzo convencer a las opiniones públicas de que la fuerza militar es una herramienta todavía válida siempre que se utilice correctamente. Este escepticismo es una desventaja en la lucha contra un movimiento tan fanatizado como el yihadismo, que obtiene gran parte de su prestigio y popularidad de su capacidad para humillar a sus enemigos mediante el uso indiscriminado de la violencia. Si a eso se une la falta de convicción de las sociedades occidentales, especialmente las europeas, sobre la necesidad de luchar para defender sus valores, se completa un escenario muy poco favorable para un empleo enérgico de la fuerza militar.

Sin embargo, la estrategia hay que plantearla con lo que se tiene, mientras se activan mecanismos para conseguir aquello de lo que se carece. Aunque no resulta recomendable un empleo directo y masivo de fuerzas militares occidentales contra el Dáesh, hay alternativas que pueden funcionar aceptablemente. El apoyo a fuerzas locales en términos realistas y evitando la tentación de utilizar a los yihadistas como peones geopolíticos es una de ellas. Si esto no es suficiente, el empleo breve pero potente de fuerzas militares para producir cambios sustanciales en la situación y crear ventanas de oportunidad en la resolución del conflicto puede conseguir resultados posi-

tivos. La clave del éxito está en establecer objetivos alcanzables, no permitir el chantaje por parte de actores locales y regionales, definir claramente tanto la situación final deseada como la estrategia de salida, no limitar la entidad de las fuerzas sino el tiempo de intervención y, sobre todo, tener preparadas todas las medidas necesarias para aprovechar los efectos del empleo de la fuerza militar.

Aun así, no cabe esperar efectos milagrosos. En la guerra el enemigo tiene la mala costumbre de reaccionar cuando es atacado y el Dáesh lo hará sin duda. Tragedias como las de París, Bruselas y Orlando se repetirán, por muchos medios que se pongan para evitarlas, y si causan el grado de terror que los islamistas esperan, hasta el punto de paralizar cualquier acción militar o por el contrario provocar reacciones desproporcionadas, se abrirá la puerta para tragedias aún mayores en el futuro. La sinceridad con la opinión pública es muy necesaria en este aspecto y eso incluye tanto el reconocimiento de los errores cometidos como la certidumbre de que no hay solución sin sacrificios para un fenómeno que supone una amenaza directa tanto para el mundo musulmán como para Occidente.

Finalmente, tanto Europa como Estados Unidos deben ser conscientes de que el yihadismo solo será derrotado definitivamente en el seno del islam. La inmensa mayoría de la población musulmana está ansiosa de que esa derrota se produzca, pero es algo que no se puede presentar como una imposición ni una humillación. El reconocimiento de que se trata de una lucha conjunta y el apoyo a cualquier iniciativa que muestre y fomente la imagen del islam real frente a la pesadilla yihadista serán pasos ineludibles en la solución del problema.